

El Valor de la Filantropía

“Las fundaciones como motor de regeneración social”

España necesita más y mejores filántropos que aporten recursos y visión para afrontar la tan necesaria regeneración de valores que necesita el país. El Estado no puede seguir asumiendo toda la carga de garantizar el bienestar social. Es un momento de gran responsabilidad para nuestro tercer sector.

Estos tiempos de crisis económica, especialmente severos para España, se han evidenciado dos problemas fundamentales. Primero, los dos sistemas organizativos que rigen nuestra convivencia, la democracia en lo político y el capitalismo en lo económico, no están funcionando como sería deseable. Segundo, parece haber una crisis profunda de valores, sobre todo entre los sectores más privilegiados de nuestra sociedad.

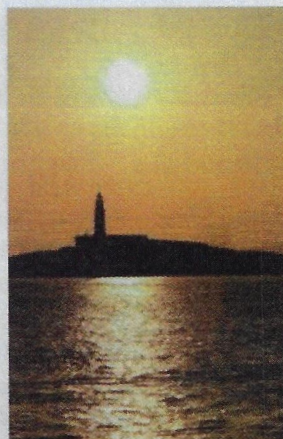
Si retrocedemos un tercio de siglo, la transición en España produjo una clase política capaz de sacrificar sus intereses partidistas a corto plazo en aras del futuro y de tres objetivos principales: consolidar la democracia, integrarnos en Europa, y conseguir una sociedad más justa, solidaria e igualitaria en oportunidades que protegiera a los menos favorecidos. La Transición despertó admiración casi universal; los Pactos de la Moncloa fueron un hito que muchos países trataron de emular.

Sin embargo nuestra democracia ha ido degenerando, con crispación y progresiva incapacidad para llegar a acuerdos de estado en que los partidos sean capaces de sacrificar su propio bien por el bien colectivo. Desde hace veinte años era evidente que nos íbamos a estrellar contra un muro de ladrillo si seguíamos sin hacer las reformas necesarias en el modelo productivo, las finanzas del Estado, el sistema de pensiones, la mejora en la edu-

cación y la investigación y en la administración pública. Sin embargo, y pese a darse legislaturas con mayorías absolutas, los sucesivos gobiernos han sido incapaces de ponerse de acuerdo con la oposición hasta que la catástrofe llegó. El largo plazo de los políticos son las próximas elecciones. Esa mentalidad cortoplacista ha sido y sigue siendo enormemente perjudicial para el país.

Lo mismo puede decirse del capitalismo: la insuficiente regulación de los mercados y del sector financiero han producido tragedias como la de las “preferentes” y la desigualdad ha aumentado de manera dramática.

El segundo gran problema es esa crisis de valores que, junto con el anterior, ha producido un descrédito de la clase política. La corrupción de los partidos y de algunos individuos ha generado indignación general y gran escepticismo sobre nuestro futuro. Los cierres de empresas y los recortes de la financiación pública, en gran medida inevitables aunque quizás “la tijera” debería haber sido más fina y selectiva en sectores vitales para nuestro futuro, han dejado maltrecha a una parte considerable de nuestra sociedad. La solidaridad con los desfavorecidos es muy grande en la mayoría de la población, y



desde mi punto de vista son las clases privilegiadas, con honrosas excepciones, las que menos están contribuyendo a paliar los efectos de la crisis y a esa necesaria regeneración de valores.

El descrédito de la clase política asociado a las piedras que ellos han lanzado sobre sí mismos, y los casos de corrupción, unidos a la crisis que ha devastado las finanzas del

Estado y del sector privado, permite que para la tan necesaria regeneración de valores llegue un gran momento de responsabilidad para nuestro llamado tercer sector, y que el país necesite más y mejores filántropos que aporten recursos y visión para compensar ese déficit.

Frecuentemente leo comparaciones entre la filantropía en Estados Unidos y sobre por qué es muy superior a la que tenemos en Europa y en especial en España; casi siempre se habla de que tenemos menos incentivos fiscales. Mi humilde opinión es que quienes así piensan ponen en evidencia la incapacidad de ver que los problemas son otros. Uno es la falta de cultura filantrópica, de educación en el valor de la filantropía. El otro es la tendencia a cargar al Estado con la responsabilidad de velar por los menos favorecidos y a descalificar o rechazar cualquier iniciativa visionaria.

Me permito resumir mi propia experiencia sin ningún deseo de auto ensalzarme, pues considero que mis decisiones económicas eran coherentes con la formación recibida de mis padres y del colegio. Dos veces en mi vida tuve recursos financieros abundantes, vía herencia en mis años jóvenes, y por la entrada en Bolsa hace trece años de PRISA de la que yo era uno de los accionistas fundadores.

En los años 70, al fallecer mi madre, y trabajando yo en el Banco Mundial me llegó un fideicomiso inesperado de mi abuelo, fallecido en 1948. Tras plantearme qué hacer con aquellos fondos consideré que aquella adición patrimonial la había heredado pero no ganado, aunque accidentalmente había pasado a ser parte de mi patrimonio. Tras un proceso de reflexión sobre cómo podía combinar mi conocimiento, experiencia y recursos decidí dedicar casi íntegramente la herencia a una fundación, FRIDA, para ayudar a crear empleo y riqueza en los países más pequeños y pobres de África. FRIDA fue un intento de mejorar el mundo “de abajo arriba” impulsando proyectos de artesanía e industria en los países más desfavorecidos del planeta.

Cuando PRISA salió a Bolsa, a mis 57 años, y siendo amigo de personajes con poder e influencia, tomé la misma decisión, pero tratando de cambiar el mundo de arriba abajo, uniendo a esos personajes y amigos en la misión de atacar desde España los seis grandes problemas que yo analizaba en el año 2000: (a) pobreza y desigualdad, (b) crisis de la democracia, (c) guerras, conflictos, proliferación de armas, violencia y terrorismo, (b) cambio climático y problemas medioambientales, (e) pandemias y salud global, y (f) gobernanza global con instituciones creadas en los años 40 y poco adaptadas al siglo XXI.

Primero fundé un think tank, FRIDE, enfocando a las tres “d”s (desarrollo, democracia y diálogo). Un año después, gracias a FRIDE, Madrid se convirtió en la capital de la consolidación democrática creando la organización más importante de exjefes de Estado y de Gobierno democráticamente elegidos, el Club de Madrid. Curiosamente más conocida fuera

Los problemas son otros. Uno es la falta de cultura filantrópica, de educación en el valor de la filantropía. El otro es la tendencia a cargar al Estado con la responsabilidad de velar por los menos favorecidos y a descalificar o rechazar cualquier iniciativa visionaria

que dentro de España, cuenta con más de cien miembros de todos los continentes que aportan su experiencia para mejorar la gobernanza nacional y global y que podría convertirse en un Senado mundial; a ella se deben la creación de una guía de las mejores prácticas para que una democracia se consolide, una mejora en los procedimientos de evaluación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y sobre todo, haber conseguido reformar el modo con el que el mundo se enfrenta con el terrorismo, acabando con la equivocada War on Terror de George W Bush.

Posteriormente, de FRIDE partieron el Centro Internacional de Toledo para la Paz, organización única de diplomacia de segunda vía y de gran impacto, y DARA, fundada por mi hija Silvia, que optimiza la ayuda humanitaria en el mundo. De mis contactos con otros filántropos como Ron Bruder y George Soros nacieron organizaciones como EFE Foundation, que forma a jóvenes en los países de la Primavera árabe y les

ayuda a conseguir un empleo, y el Consejo Europeo de Relaciones Internacionales (ECFR), que aspira a que Europa se una y hable con una sola voz. Finalmente la Fundación Maimona, con la misión de revitalizar la comunidad extremeña de Los Santos de Maimona, ha recibido galardones como una de las mejores fundaciones cívicas del mundo, y ha sido esencial para que este pueblo prospere y se convierta en una de las “Ciudades de la Ciencia y la Innovación” de España. Otras organizaciones han recibido fondos hasta que el hundimiento de PRISA en la bolsa perdiendo el 98% de su valor limitó mis posibilidades filantrópicas.

Al hablar de mi experiencia, que no me ha dado mansiones, yates ni lujos, ni perpetúa mi nombre porque ninguna institución lo lleva, pero sí autoestima, satisfacción y sentimiento de coherencia personal, quiero subrayar que en Estados Unidos mi caso no sería raro, porque muchos han sido allí capaces de desprenderse de la mayoría de sus bienes para dedicarlos al bien común.

Desde 2000 he intentado embarcar en esta mejora del mundo a los españoles más acaudalados, con poco éxito, probablemente porque prefieren conservar la inmensa mayoría de su patrimonio para ellos y sus hijos y dedican una ínfima parte a fundaciones nominativas, porque a diferencia de los americanos atribuyen al Estado la responsabilidad total de garantizar el bienestar social, y sobre todo, porque sus valores son diferentes y basan su autoestima en otros criterios. Creo que de nuestro sector fundacional debe salir ese impulso regenerador que la situación social pide a gritos, y que los “brotes verdes” (soy optimista en cuanto a la generación de riqueza y empleo en los próximos años) tardarán aún mucho en enderezar. ○



Diego Hidalgo

Filántropo: fundador de FRIDE, del Club de Madrid y de la Fundación Maimona